

## Identidad y literatura en María Zambrano

*Roberto Sánchez Benítez\**

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*La identificación completa se abre desde el morir*

MARÍA ZAMBRANO

Palabras clave: identidad, literatura, historia, reconciliación, autenticidad, develar

**L**a pensadora española María Zambrano (1904-1991) abordó el problema de la identidad de una manera intensa en el contexto de la Guerra Civil española, el exilio y, más aún, de la crisis de la razón de occidente. Tal problema queda enunciado, en principio, como un debate entre el presente y el pasado, es decir, entre la forma de recuperar y asumir la tradición, y un sentido social encaminado a volver a *vivir la historia* como creación de cultura. Así, las décadas de 1930 y 1940 serán entendidas por la pensadora malagueña como de reconciliación, de la conquista de la verdad de un pasado escamoteado, pero asimismo como la posibilidad indeclinable de alumbrar zonas inéditas en el hombre. A través de un proceso autorreflexivo, la palabra debería forjar destino y libertad.

La identidad será entendida, entonces, como el reencuentro con la palabra esencial, como el restablecimiento del nexo esencial que nos une a las cosas y a nosotros mismos. Es en la novela y el género de la *confesión* donde la pensadora sabrá leer el ser del español, las aspiraciones y esperanzas, la voluntad errante

---

\* iliada85@hotmail.com

que desde Miguel de Cervantes fuera evidente. Del mismo *bienaventurado* dirá que es quien surge por la duda de su ser, por la posibilidad de volver a unir los seres y la vida con el ser, siendo ellos mismos palabra y silencio, “formas, figuras del ser, categorías, pues, del ser en el hombre camino de atravesar la última frontera” (Zambrano, 1991a: 64).

#### PASADO ENCARNADO

Algunos de los parámetros del problema de la identidad, tal y como lo concibe Zambrano, se encuentra en ese recuento inmediato y breve que figura a manera de prólogo del libro *Senderos*, “La experiencia de la historia”, escrito en 1977. Se trata de un balance de los momentos del exilio, la lejanía y la soledad. Ya la actitud misma de volver sobre sí y recrear lo vivido le ofrecerá las posibilidades de una reflexión acerca del sentido de su vida. En pocas palabras, la pensadora insiste en lo que serán algunas de sus tesis centrales sobre la historia, el ser del hombre, el tiempo y la experiencia. Por ejemplo, que la historia no es como la naturaleza que nos brinda imágenes claras y semiestables, sino que tiene siempre un carácter oculto que debemos desentrañar. Pasado que habría que estar *enderezando*, restituyéndolo en lo que fue y aún *en lo que iba a ser*. Particularmente, debemos volver a las huellas, los testimonios, con el objeto de seguir constatando que lo que fue entonces sigue siendo todavía, *por haber sido vivido tan verdaderamente sin regateo alguno*.

En otro momento, y refiriéndose al cuadro de *Las Meninas* de Diego Velázquez, Zambrano encontró una representación del drama de la joven República, por medio de la niña que intenta coger una rosa, símbolo de plenitud. La aurora de tal niña fue bien pronto segada y sepultada. Tal drama pudo despertar más a la inocencia que a la conciencia, es decir a una identidad: “El despertar de la inocencia anula la soledad, trae la identificación consigo mismo y con todos los hombres, que parece entonces imposible que sean ‘otros’; ‘los otros’ o ‘los demás’” (Zambrano, 1986: 17). Tiempo de identificación que hace posible la lucha, la esperanza, la simpatía, la unión, el sufrimiento: un mirar sin palabras, presente en las células de lucha y que bastaba para que cada quien respondiera a la pregunta de *¿eres tú?* con un *yo soy tú*.

En “El español y su tradición” (1937), Zambrano describe la situación a la que había llegado la *huella de España en el mundo*. Identifica a los pensadores

tradicionalistas, que se habrían constituido en albaceas perennes de una tradición y leyenda a más no poder, destacando de la cultura española únicamente un pasado *fantasmagórico*, negando toda posibilidad de reformulación y, por tanto, de futuro. Los pensadores liberales, haciendo lo contrario, negarán cualquier sentido a la tradición, pulverizando no sólo todo pasado, sino todo presente y futuro. Entre una y otra postura, la pensadora malagueña se inclina por la referencia al pueblo “con sus voces, con las figuras que su imaginación conserva de días más afortunados” (1986: 83). El pueblo recordará lo que el intelectual burgués habría olvidado, de la misma manera que el poeta rescatará lo que el filósofo pretende olvidar. Nadie mejor, entonces, que el pueblo para encarnar la historia, para mostrar una cultura viva, creadora, alimentada por lo que poetas y artistas hubieran planteado alguna vez. Así, entre los tradicionalistas que hicieron del pasado de España una pesadilla, y los intelectuales liberales que creían que era posible vivir sin historia, el pueblo español libró sangrientas batallas durante el siglo XIX, buscando saber precisamente quién era.

Zambrano considera que el problema de la identidad de España no corresponde a algo baladí, sino que se vincula a una angustia que era posible encontrar por doquier; incluso, llega a decir que toda la literatura de la generación del 98 corresponde a este asunto. El individualismo, el aislacionismo y la soledad manifiesta se entenderán en el contexto de una contienda en donde la tradición cae en un aparente suspenso, sin que exista posibilidad de renovarse, es decir, en la falta de *un espacio y perspectiva de ordenación de valores que hace identificarse a cada uno de los intelectuales españoles con España misma*. El problema de la identidad se encuentra entonces formulado, en un primer momento, por la relación que se pueda mantener con el pasado: un pasado olvidado o una tradición no puestos al día, generadores de un sentimiento de desarraigo, de estar habitando un desierto ante la falta de perspectivas y horizontes, ahí donde todo ha callado o se mantiene petrificado. La solución al dilema consistirá entonces en salir del pasado-pesadilla para encontrar su verdad, haciendo posible que la tradición reencarne en el presente. Volver a vivir en la historia.

María Zambrano señalaba que el español moría “por romper el laberinto de espejos, la galería de fantasmas en que habían querido encerrarle, y recuperarse a sí mismo, a su razón de ser” (1986: 86). Creía que la época parturienta de esos años no sólo habría de permitir conquistar la verdad de un pasado escamoteado, sino crear nuevos *surcos* que calaran hondo en la naturaleza humana, alumbrando zonas inéditas del hombre, *aunque profetizadas y presentidas*.

En otro de los escritos de la época, “La reforma del entendimiento español”, Zambrano vuelve a puntualizar rasgos de una decadencia que se iniciara, precisamente, luego de la estructuración del Estado español: decadencia de las castas dominantes que se quedan sin voluntad o pensamiento, mientras un pueblo se lanza a poblar un continente. Pero además plantea la importancia que la novela adquirió en este drama de España. Es Cervantes quien le proporciona algunas claves del alma española, desecha, desesperada, vacía de idea e intuiciones; voluntad carente de objeto. “Cuando Kant, casi dos siglos más tarde, presenta las condiciones de una voluntad pura, nada añade que no esté en el querer firme, en la entereza de voluntad del Caballero de la Mancha” (1986: 95). La novela habría de ahondar en el *fracaso*, encontrando en ello un mundo. Fracaso que debe entenderse como el *algo más* que no tiene cabida en la realidad histórica de la época. Riqueza íntima humana que buscaría, afanosamente, medios de expresión en todo momento, particularmente en la *confesión* como se verá más adelante. Zambrano no duda entonces en decir que *tenía que ser la novela para los españoles lo que la filosofía para Europa, y que personajes de novela son todos los españoles del siglo XIX*. Así, será en la novela, mejor que en la filosofía, donde se encontrará *lo que el español veía y sabía y también lo que el español era. También de lo que carecía*. El *Quijote de la Mancha* muestra el destino de la voluntad del español, lo que en verdad habría querido, quiere y lo define. La obra cervantina habría incidido ahí donde todavía es posible la convivencia humana, la relación con el prójimo que no surge de una sobria soledad, sino que cuanto más sólo y lejos se encuentra el hombre, más unido y entregado por su voluntad a los demás aparece. “El misterio clarísimo de la convivencia entre Don Quijote y Sancho es algo que todavía no se ha revelado en toda su significación, porque es una profecía sin petulancia, de un tipo de relación humana que aún no se ha realizado” (1986: 96). Convivencia que sobrevendría como una dura crítica al Estado español, en la medida en que estaría hablando de una forma de ser no comprendida por éste. Zambrano destaca la nobleza del Quijote, la cual revela en cada momento su ser: confianza y reconocimiento que actúan en contra del resentimiento y la traición, que son quienes envenenan las relaciones humanas, al grado de hacer perder al hombre su propia imagen, perdiendo la noción de sí, *su propia medida*. El hecho de no haber llevado a cabo una reforma de pensamiento y del Estado en los siglos XVI y XVII, habría tenido por consecuencia que el *más claro entendimiento* se replegara hacia la novela y que el mejor modelo de hombre se quedara como ente de ficción (Zambrano menciona de cualquier manera la única reforma que pudo

formularse en el marco de la cultura española moderna, a saber, la llevada a cabo en la religión, por San Ignacio de Loyola). Drama de una voluntad sin objeto. Todo habría de concluir en la necesidad de una reforma del Estado español en la que la confianza en el hombre se restaurara, así como la fe en la razón y la justicia.

Al lado de Cervantes, Benito Pérez Galdós representó para la filósofa española uno de los autores que pudieron atinar con ese sustrato, creador de unidad y continuidad (tradicición), propio del ser español. En *Misericordia*, la autora de *El hombre y lo divino* (1955) pudo leer la “vida del español anónimo, de oscuro nombre genérico, que va pegada a un pueblo, a una comarca, a un trozo de tierra”. Pérez Galdós representó en su novela el mundo de lo doméstico, de lo cotidiano o popular; de las convicciones sencillas aunque depositarias de una larga tradición creada en el crisol de las culturas. Y es que la cultura constituye el cimiento de lo histórico, del “sujeto real de la historia”, de lo que ha sido en el tiempo lo verdaderamente trascendente para el español, los sucesos que “han condicionado sus alegrías y pesares, han cerrado su horizonte a la esperanza, han ampliado el marco de sus posibilidades o han estrechado las paredes de su calabozo” (1986: 122). Pérez Galdós habría puesto al descubierto este *protoplasma hispánico*, verdadero sujeto de su novelística en el que estaría presente todo el pasado capaz de constituir un carácter o si no la unidad de una vida personal, así como todo futuro ya, valga la expresión, presente en el presente.

Pérez Galdós habría atisbado lo que para Zambrano constituye su *razón poética*, es decir, una razón o saber confinado en la vida, que actúa antes que haberse nombrado, que ha vivido antes que delimitarse a sí misma con lo que no es y que apenas si tolera la palabra. Así, la verdad a la que hace referencia Pérez Galdós es la que:

[...] de ningún modo ha permitido ser pensada, reducida a concepto, ni apresada en ideas, ser despegada de sí misma, en suma; verdad que el intelecto humano, hasta ahora, no ha podido captar para dominar, sino que ha exigido el perderse en ella, la entrega de nuestro ser, porque no es cosa que se sepa, verdad de la mente, sino íntegra verdad de la vida (1986:127).

A través de la obra de Pérez Galdós, Zambrano reconfirma su idea sobre la verdad en el sentido de que ésta también depende de la esperanza, es decir, que es capaz de ir más allá de lo dado. En la medida en que la realidad es superior a lo que sabemos de ella, en que no todo está dicho, que ni las cosas ni el saber que

tenemos de ellas puede ser acabado o concluso, es que nuestros sueños y la esperanza pueden crear verdad: “de la nada de hoy pueden salir nuevos seres”. Es a lo que finalmente le llama “misericordia”: “que nosotros con nuestros sueños, con nuestro querer, lleguemos a participar de la creación, podamos también crear” (1986: 143). En suma, la novela será necesaria para trascender la historia, para salvarla. Junto con la tragedia, cuyo sujeto analizaré a continuación, serán los dos polos de la condición humana y *aun de la vida toda que conocemos*. Revolución frente al pasado, la novela le permitió a Zambrano comprender algunas de las razones de su tiempo, más bien la *sinrazón* de su tiempo.

### **PALABRA ORIGINARIA**

*Porque solamente siendo a la vez pensamiento, imagen, ritmo  
y silencio parece que puede recuperar la palabra su inocencia  
perdida, y ser entonces pura acción, palabra creadora.*

MARÍA ZAMBRANO

En algún momento, Zambrano sostuvo que España sólo empezaría a formar parte de Europa a partir del derrumbe del racionalismo occidental; de que el carácter rebelde de su pueblo, su inadaptación y enigma le permitirían algún día hablar por todos los hombres, constituyéndose en el rostro de ellos. Los géneros expresivos condenados por la filosofía tradicional —la poesía, la novela, las *Guías*, las *Meditaciones* o la *Confesión*, así como una forma de hacer la historia en la cual el pasado fuera un momento de liberación o reconciliación en el tiempo—, le permitirían al pueblo español comenzar a saber lo que era y no simplemente lo que no era, como tan claramente lo hubiera manifestado a su vez José Ortega y Gasset. Como he revisado, la identidad que la pensadora española buscaba no podía ser encontrada en la unidad ideal abstracta de una razón que había separado a la vida de sus intereses. Confundida con los sueños, las ilusiones, la miseria, las sombras, las transformaciones incesantes, habría de formularse una identidad en el tiempo, en el lenguaje y la soledad.

En la actualidad existe una forma inquietante de abordar el problema de la identidad, que consiste en referirlo a la autorreflexión que se lleva a cabo mediante reconstrucciones narrativas hechas en el tiempo. El relato se convierte en el guardián del tiempo, en la medida en que no es más un tiempo pensado sino contado (Ricoeur, 1985: 349). Identidad que puede ser formulada a través de una

cierta *poética de la narración*, surgida a partir del relato o la biografía. En este sentido, la vida es lo que decimos y, sobre todo, contamos de ella, lo cual no es sino una forma auténtica de decirse. Un individuo es lo que es capaz de contarse a sí mismo y a los demás; mezcla de historia y ficción, de redescrpciones de sí mismo a partir de la novedad de su presente. A lo anterior habría que agregar, por un lado, el carácter dialógico de la conciencia, esto es, el no poder ser sino a partir y junto a otras conciencias (Bajtín, 1986: 53); mientras que, por el otro, la hermenéutica del lenguaje que ha redescubierto a la palabra poética siendo una y muchas a la vez, ya que irrumpe desde un centro y tiene relación con un todo, en virtud del cual es palabra (Gadamer, 1988: 549).

Sin embargo, es posible encontrar en Zambrano algo más que inmediatas coincidencias o congruencias con los planteamientos anteriores, tan caros al pensamiento posmoderno. Una filosofía del lenguaje, en particular de la palabra y la poesía, le permitirá ahondar y recobrar el sentido de la identidad. Zambrano pensó en la existencia de una palabra *original*, transgresora, que en la poesía tuviera el carácter de lo sagrado, anterior a la historia y mucho antes de que la palabra tuviera un destinatario, de que se cargara de mensajes claros y ocultos. Palabra verdadera, transparente, sin opacidad y sombra, que existe antes de que fuera siquiera proferida desde los abismos interiores y entregada al exterior. Palabra primigenia de la cual tuvieron que haberse desprendido todas y para la cual no ayudan a su identificación los actuales estados o situaciones discursivas. Antes que ser palabra de diálogo o comunicación, era simplemente “sin lenguaje” (Zambrano, 1993: 81).

En la búsqueda de esta palabra esencial resuenan en Zambrano, en más de una ocasión, planteamientos de Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger. El primero habrá de lamentar el sentido sedimentado del habla cotidiana. Palabras que perdieron su hechizo, su carácter revelador para convertirse en tumbas del sentido y ceguera, como puede suceder en el discurso filosófico, ahí donde la metáfora habría sido degradada; los temas mismos de la metafísica no son sino *maneras de hablar*. El segundo sostiene que hablamos incluso cuando no lo hacemos; que el hombre es hombre en tanto que *co-responde* a la palabra. El hablar humano reposa en el habla de la palabra (Heidegger, 1976: 14). Zambrano planteará una palabra no entendida como instrumento de dominación, de conformación de la *gleba* —formación e información—, sino más bien con la que es posible tratar *en don de gracia y de verdad, dada y recibida en el mismo instante, consumida sin desgaste; centella que se reencendía cada vez.*

## La palabra

Palabra que todavía estaría llegándonos, siendo una y todas a la vez, en cierto sentido inalterable, pero también nunca la misma. De esta palabra no sería suficiente decir que proviene o anida en el silencio, en las sombras o la oscuridad, o en la más absoluta de las soledades poéticas y existenciales, puesto que podría muy bien estar escondida en el vocerío, en los gritos de desesperación, en las tareas de la aurora y la esperanza. Palabra independiente del lenguaje y que, por ello, podría carecer hasta de nombre, indecible. Ni el sonido podría tal vez representarla. Palabra hacedora de plenitud, que sólo puede hacerse sentir a partir de su ausencia o la carencia. A quien más haría falta es al amor, señala la pensadora malagueña.

Si es palabra transparente habrá de encontrarse entonces en muchos lados. Así, por ejemplo, puede ser una en todo hablar o, tal vez, encontrarse en los vacíos de un texto. Pero con toda seguridad estará en los pasajes venturosos de la poesía o del pensamiento, entretejida en la red del uso común, siendo ella asimismo común. “Más ellas saltan diáfananamente, promesa de un orden sin sintaxis, de una unidad sin síntesis, aboliendo todo el relacionar, rompiendo la concatenación a veces. Suspendidas, hacedoras de plenitud, aunque sea en un suspiro” (Zambrano, 1993a: 82). Palabras hacedoras de orden y verdad. Es cierto que Zambrano sólo describe ciertos fenómenos en los que tal palabra acontece, en los que no puede olvidarse ni ser enteramente entendida y que, por lo mismo, puede ser recibida de múltiples maneras, de acuerdo con las circunstancias de quien da con ella. Sólo que, una vez encontrada, posee el mágico don de moldear, de hacer que la vida siga por los senderos que ella traza.

Una vez que se la ha detectado habría que dejarla ser al transformarse uno en ella, ser uno con ella, entregársele; palabra que no nace y nos hace nacer. Palabra-guía, perdida, que a veces tiene forma de lamento, que escapa al tiempo siendo inmanente al presente. Palabra unida al ser, que podría estar no sólo en lo humano, sino ser encontrada en seres que velan toda la existencia.

Y se presiente, y aún se la ve, como profetizada en algunas criaturas no humanas, en algunos animales que parecen llevar consigo una palabra que al morir están al borde de dar a entender. Y también en la quietud inigualada de las bestias que miran el sol como si fueran sus guardianes, imágenes que el arte ha perpetuado en la avenida del templo de Delos, por ejemplo (Zambrano, 1993a: 89).



Palabra que guarda los secretos de las grandes obras, que condensa vidas extraordinarias y que se constituye como su principio de acción. Palabra educadora, orientadora del sentido del ser. Es el delirio de la creación la que le proporciona sustento.

Así, Zambrano habla de un lenguaje arcaico, presente en varios tipos de manifestaciones: rocas, huellas, signos, trazos, ritos, colores, cuyo tiempo no estaría del todo clausurado; presencia constante aunque no legible, no lógica ni articulable en términos de una racionalidad ortodoxa. Elementos humanos, portadores de una palabra quizá emparentada con un orden cósmico, eterno y que esperan volver. Palabras que han escapado a la *revelación*, que perviven entretejidas en el movimiento y el intercambio sígnico de las épocas. Frente a una ontología de la presencia, estos rasgos son vistos pero no entendidos. Atestiguan un tiempo que no puede encontrar la derrota de su esperanza. No solo la escritura es algo que el tiempo intenta (¿vanamente?) derrotar, sino que existen formas que han pervivido y que corresponden a manifestaciones anteriores a la palabra. De alguna manera, Zambrano denuncia el que la escritura se convierte en guardiana de lo que debemos comprender y lo que no (el cerco, el límite que define a la historia, al tiempo y la conciencia), cuando pueden existir vuelos transgresores de la imaginación o inspiración que rompen estas fronteras y vislumbran lo que el sol oculta (*la verdad de la verdad*).

Misterio de la palabra que no sería sino su naturaleza más profunda. Palabra incomunicada. Silencio que es, más bien, una *vida más alta*; momento que es la fuente de la que mana todo decir, surtidor de vivas imágenes. Por ello, habría que pensar que el hombre puede constituirse asimismo en su obstáculo, en la medida en que no se abre a esta palabra esencial y se deja transformar por ella (¿enloquecer?), delirar. Palabra ancestral, inmemorial, escondida, *a solas celada en el silencio*. Puede aparecer, dirá Zambrano, sosteniendo *un largo discurso, un poema y aun un filosófico texto, anónimamente, orientando el sentido, transformando el encadenamiento lógico en cadencias; abriendo espacios de silencios incolmables, reveladores*. Palabra invisible al modo de cristal, que no es concepto ya que es ella la que hace concebir. Palabra que no se deja ver pero que nos permite ver y comprender. No podría presentarse a sí misma, ya que de lo contrario haría imposible todo lenguaje. Absoluto que sería la muerte. Principio diferenciador, ordenador, demarcador desde su condición de ausencia; condición de fuga perpetua.

### A) *Reconocimiento de la palabra*

El reconocer la existencia de una palabra fundamental de la que deriva el lenguaje y la condición humana, fuente de producción de humanidad, aunque a veces tenga que relacionarse con procesos *inhumanos* (como es el caso de la mística, en el tratamiento que del tema realiza Zambrano a propósito de San Juan de la Cruz), ha podido constituirse en una versión ontológica aceptada. En la medida en que estamos hechos por la *Palabra* —que la realidad misma no tiene otra esencia que—, podemos “construir, edificar, hablar, decir para acercarnos a la Palabra” (Xirau, 1993: 150). La palabra tiende a la *Palabra* en razón de su finitud, de su circunstancialidad o contingencia (ríos que van al mar). Dicho de otra manera, debemos estar en camino siempre hacia nosotros mismos; atender el silencio que la palabra elabora para escuchar su verdadero decir, esa *soledad sonora*, es *música callada* sanjuaniana, reconocida por Zambrano. Es este recogimiento, soledad creativa por lo demás, el que constituye una fuente de transformaciones importantes, ya que ahí, por lo menos, es donde podemos darnos cuenta de lo que nos une a todo; donde puede ser encontrado el otro, el *tú* que forma parte del *yo*. Si hablamos de un *ciclo de la palabra*, habrá de entenderse entonces como un movimiento a partir del cual se produce, transita, transforma y se recupera. De esta manera, no hay forma de negar que el hombre sea, ante todo, un acontecimiento del lenguaje.

### b) *La palabra y su correspondencia*

Adicionalmente, deberíamos estar autorizados a decir que esta palabra originaria corresponde a *signos* que llaman la atención hacia una razón creadora, pensamiento (huella de otra forma de vida). Señala Antonio Machado, a quien María Zambrano admiraba: “El alma del poeta/se orienta hacia el misterio./Sólo el poeta puede/ mirar lo que está lejos/dentro del alma, en turbio/y mago sol envuelto” (Machado, 1998: 73). Poesía que recupera el tiempo perdido, que ella misma es tiempo olvidado y que hace más justicia a la condición humana en lo que tiene de su transcurrir. “Toda poesía tendrá siempre mucho de este primer lenguaje sagrado; realizará algo anterior al pensamiento y que el pensamiento no podrá suplir cuando no se verifique” (Zambrano, 1993b: 96). Palabra originaria que abre espacios hasta

entonces inaccesibles, ahí donde la diversidad de realidades pueden entrar en comunicación. Espacios que son recuperados puesto que se han vivido o sentido como una ausencia: realidades presentidas en el recuerdo, forma de ser del alma de acuerdo con Platón. Nostalgia de lo que nunca se ha tenido. Para Zambrano no hay duda de que la poesía es ante todo memoria, *aunque invente. Memoria piadosa del antepasado que domará al recién venido.*

La poesía deberá llorar el carácter pasajero de la existencia, el que vivamos una vida que añora la inocencia perdida. Sólo que no se rendirá ante ello, sino que intentará crear un mundo mágico en el cual pueda ser devuelta la imagen de lo perdido. Para ello, deberá ahondar en la interioridad humana, la hermética vida (ese laberinto que hemos edificado, de acuerdo con Nietzsche), hasta llegar a su contrario, el silencio, con el cual buscará reunirse, al cual querrá parecersele. Llegar al punto en el cual, según Zambrano, *es posible poseerlo todo, sin perderlo ya jamás.* Poesía que se dirige a sus orígenes ya que no está dispuesta a desprenderse de lo que la ha engendrado; abierta, por tanto, hacia dentro como hacia afuera *un oír en el silencio y un ver en la oscuridad.* La palabra poética es la que precisamente penetra en lo *inexpresable*, ya que no se resigna a que cada cosa sea lo que aparece. “Por encima del ser y del no ser, persigue la infinitud de cada cosa, su derecho a ser más allá de sus actuales límites” (Zambrano, 1996: 115).

Es por ello que, para Zambrano, filosofía, religión y poesía deberían descubrir su unidad profunda, los rasgos semejantes que presentan con el fin de que puedan *reconciliarse*, aclararse profunda y mutuamente, “reconocer sus deudas, revelar al hombre medio asfixiado por su discordia, su permanente y viva legitimidad; su unidad originaria” (Zambrano, 1993b: 48). Habrá que hacer justicia a esta palabra que anida en la *aurora perenne*, que nace a cada momento y establece horizontes impredecibles. Palabra que se nos entrega aun a costa de traicionarse, como he mencionado.

#### INTIMIDAD Y TRASCENDENCIA

En cada uno de los saberes desdeñados por la filosofía deberíamos encontrar no sólo un sentido diferente de la palabra, sino una idea del pensar y del vivir humanos. La filosofía habría tenido la tarea de insistir en las reformas del entendimiento y la verdad, olvidándose de la vida y de las transformaciones que pueden tener lugar a raíz, precisamente, de la verdad. Así, considera Zambrano, en la actualidad

estaríamos ante un distanciamiento entre la verdad (formalmente abstracta de la razón) y la vida bulliciosa, propensa a la dispersión, confusión e innovación. La vida se sintió alejada de las verdades de la razón, sin poder tener cabida en ellas, siendo más bien humillada por ellas. De esta manera, la vida quedó desamparada, solitaria, hundiéndose en un desinterés generalizado. Zambrano describe muy bien este drama moderno en el cual la vida fue perdiendo la oportunidad de *reunificarse* y encontrar transparencia en la verdad.

Donde se encontraría una forma de reunificar la verdad y la vida sería en esos géneros literarios que he mencionado. Para mis propósitos habré de aludir al de la *confesión*, ya que representa el género que “en nuestros tiempos se ha atrevido a llenar el hueco, el abismo ya terrible[mente] abierto por la enemistad entre la razón y la vida”. La vida necesita de la confesión cuando “el hombre ha sido demasiado humillado, cuando se ha cerrado en el rencor, cuando sólo siente sobre sí ‘el peso de la existencia’” (Zambrano, 1995: 24).

Tanto la confesión como la novela son expresiones de seres individualizados a quienes se les concede la historia, señala Zambrano. En uno como en otro, le es concedido al individuo expresar su padecimiento y tener la oportunidad de no perderse en el tiempo, es decir, de recuperarse a sí mismo, de asistir a una reelaboración de su historia, una forma de volver a asumirse a partir del sentido que puedan adquirir los acontecimientos una vez evocados o revisitados, de insertarse en un *presente continuo* antes que ser condenado por un pasado fijo. La confesión se plantea, entonces, como el surgimiento de una verdad de sí mismo, de esa verdad solitaria, válida para cada uno. Surge como queja, como *palabra a viva voz*. En la confesión, el sujeto se revela a sí mismo. Es el lenguaje de quien no ha borrado su condición de sujeto. El que se confiesa no está legitimándose o aceptándose como tal, sino que da cuenta de los diversos intentos o actos que ha tenido de los impulsos por ser.

Entre los motivos de la confesión, Zambrano encuentra la huida de sí mismo o la desesperación. “Se confiesa el cansado de ser hombre, de sí mismo. Es una huída que al mismo tiempo quiere perpetuar lo que fue, aquello de que se huye. Quiere expresarlo para alejarlo y para ser ya otra cosa, pero quiere al mismo tiempo dejarlo ahí, realizarlo” (Zambrano, 1995: 35). El que huye lo hace por no aceptar lo que es, la vida tal y como se le ha dado. Este género manifiesta la contradicción amarga y desesperante de quien vive dividido entre lo que es y a lo que aspira, la unidad que supone se encuentra fuera de él mismo y anhela encontrarse alguna vez. La confesión exhibe los límites humanos, el carácter

fragmentario, incompleto, como a manera de ensayo, de la vida. El que se confiesa busca la forma que le hace falta; salir de sí mismo para recuperarse en lo que no es él. Busca apurar su tiempo con el fin de completar la figura que le hace falta y de la cual es una pieza perdida, casi aleatoria. Ir más allá de sí mismo: transponer sus límites. El que se confiesa lo hace no hacia lo que es, aunque sea una manifestación de su tiempo, un grito de su dolor contemporáneo, sino clamando por un cierto porvenir o esperanza. Lo hace con vistas al futuro, tratando de poseionarse de él.

La confesión supone, entonces, la existencia de la esperanza, algo que va más allá de la vida individual. Es un método para que la vida se libere de sus paradojas y llegue a coincidir con ella misma, es decir, una preparación para que la vida, puesta en movimiento, elabore su figura esencial, *su peculiaridad más extrema*. Lo que la confesión manifiesta no pueden ser sino los grandes anhelos humanos, aquellos que quedan ocultos en la épocas maduras de la civilización, los anhelos profundos que envían a la *desnudez humana*. La solicitud desamparada de aquello que no puede faltar en el hombre y que se plantea a partir, precisamente, de esa falta.

San Agustín es quien mejor presenta el género: muestra a la confesión en toda su plenitud y con una claridad no vuelta a conseguir. La confesión es aquí la búsqueda de una realidad completa. Expresa el momento en que se vive de espaldas a la realidad, como olvidado por esta, en un recogimiento de abandono y soledad. Momento en que se siente uno como *desprendido* de la realidad, realidad flotante, sin echar ancla en lugar alguno. Es por ello que la confesión es el género de los *olvidados* o *desamparados*. La solución a este dilema, por así decirlo, la reconciliación de la vida con la realidad, sólo puede venir de un tipo de conocimiento que le sirva a la vida de una manera más inmediata, es decir, de la memoria, donde se presiente que ya fue tenido el encuentro con la realidad total, presentimiento que nunca nos abandona del todo. “Tal vez porque la memoria sea la manera de conocimiento más cercano a la vida, la que le traiga la verdad en la forma en que puede ser consumida por ella, como apropiación temporal” (Zambrano, 1995: 41). La memoria representa un encuentro con la realidad total en la medida en que en ella ya no es posible el recuerdo ni el olvido sino la sola presencia. Así, aquello que el desamparado anhela, lo que quisiera que fuera más allá de él puede tener la forma del recuerdo. Lo que busca entonces es un *reencuentro* consigo mismo a partir de lo vivido, la formulación de un sentido sobre sí mismo, sin que ello signifique un aplazamiento o un cansancio extremo de sus anhelos.

Este sentido de la confesión establece el reconocimiento y la aceptación de la realidad y de uno mismo. Al volver a la realidad, a su reencuentro y reconocimiento, volvemos a nosotros mismos, nos *revelamos* a su vez. Podemos dejar de ser ya de manera incierta. La confesión emerge entonces cuando uno se ha *vuelto cuestión*, cuando la pregunta es por *uno mismo* y no sobre todo o, por ello mismo, por uno mismo y sobre todo. A partir de la confesión es dable esperar una transformación de uno mismo, recobrándose, siendo. Identidad que se formula de diferente manera a la establecida por la filosofía, que busca más bien desarraigar a la vida, intentando sacarla de toda circunstancia y motivo. “Nuestra vida corre dispersa y confusa, por los anhelos y por el tiempo. Llegar a ser, sólo es posible logrando la unidad” (Zambrano, 1995: 62). La unidad que busca san Agustín no es la de los neoplatónicos, que la formulaban a partir del ser de lo inteligible, sino la de la vida; unidad en la que la vida recobra su figura.

El hacer un *relato de uno mismo* constituye ya una liberación de sí mismo dando a entender, por ello, que uno mismo no basta. Es desprenderse, de alguna manera, de lo que hemos sido para dar cabida a algo diferente, a la esperanza que nunca abandonamos. En este sentido, la confesión no puede desvincularse del efecto que espera en quien la lee: someterse a sí mismo a esta tarea, *mirar la propia conciencia, ponernos en la luz* y no tan sólo exhibirnos. “La confesión literalmente tiene muy pocas exigencias, pero sí tiene ésta de la que no sabríamos encontrar su receta y es: ser ejecutiva, llevarnos a hacer la misma acción que ha hecho el que se confiesa: ponernos como a él a la luz” (Zambrano, 1995: 45). Aclaración de la vida; confesarse para que alguien *nos vea*, para dejar de ser una sombra entre *semiseres* o seres que nunca llegan a ser del todo; para que seamos recogidos por la mirada y seamos unificados por ella.

La confesión parte de la soledad (cuando el corazón se vuelve transparente, que no un espejo, y por él pasa la vida), pero para terminar en comunidad, en los otros. No existen verdades que sólo pudieran quedar reservadas para quien las descubre, ya que el hecho mismo de encontrar alguna de ellas es haber estado en contacto con los demás que uno es, con los semejantes. El diálogo que se entabla en la soledad es, en realidad, con los otros; a partir de ellos la verdad surge. De esta manera, no es posible guardar una verdad en realidad para uno solo, pues cuando se encuentra, se encuentra ya compartida. La confesión rompe el hermetismo, señala la necesidad de *descubrirnos para descubrir, método*, como se ha señalado. El filósofo no cree que deba existir una preparación para la búsqueda

de la verdad, simplemente va en busca de ella. Creen que no es necesario mostrarse antes, *descubrirse para descubrir*.

El fruto de la confesión es una evidencia, es decir, aquello con lo cual es posible salir de una crisis o de una época en desbandada. Un tipo de verdad que puede vivirse. Evidencia es lo que en mística se llama revelación. La presencia indudable de una realidad, una aparición. Más, de tal manera, que se produce una huella en quien la recibe. A partir de la evidencia, un punto de la realidad se vuelve transparente, preciso, firme. La evidencia pareciera ser la respuesta a una duda profunda; participa tanto de las ideas como de las creencias. Sin embargo, lo que encuentra es en realidad un *reencuentro* antes que un descubrimiento; no es una verdad nueva, sino algo que ya se sabía y que ahora penetra en la vida moldeándola. En este sentido puede ser demasiado pobre, aunque en efectos puede lograr lo que otros conocimiento no. A través de la evidencia es posible recobrar la confianza que subyace a las creencias y a partir de la cual nos movemos en el mundo.

Así, para Zambrano, la *confesión* fue el género literario que, en compañía de la novela, entrega rasgos de una identidad íntima, ahí donde nada pudiera trastocarla, a salvo de todo despojo. Como hemos visto, lejos se encuentra tal género de revelarnos una interioridad apacible, una idea del individuo complacido consigo mismo. La confesión se plantea más bien como *modelo* de autopercepción o autorreflexión, de búsqueda y reclamo. Un saber de sí mismo que escapa a la categorización filosófica; que, más bien, se hunde en aquello que en el hombre pareciera insistir en un destino diferente. Sin embargo, cuando cree el hombre entrar en lo más propio de sí, ahí donde es él, donde concurren el silencio y la *soledad completa*, aquella modalidad del discurso que, como sostiene Paul Ricoeur, se escribe para no ser dicho o para que, a través de él seamos dichos, es cuando más se da cuenta de su vinculación a un acontecimiento mayor donde tienen cabida los reclamos de humanidad: el acontecer del ser *analógico*, aquél que “es el ser mío, semejante, pero jamás el mismo que el otro” (Zambrano, 1995: 31). Es por ello que, refiriéndose a la confesión, Zambrano habla del tiempo, del lenguaje, del otro y de la trascendencia.

El supuesto de la confesión y de la novela es un individuo falible, que padece y puede perderse, que parte del fracaso para restituirle a la vida su dinamismo. Sólo que es la cuestión del tiempo la que de inmediato introduce las diferencias entre ambos géneros. En la medida en que la confesión es el vehículo de la queja, de la palabra viva, del presente en toda su hondura, su tiempo es el real de la vida y no

el novelado, el imaginario o paralelo creado por la conciencia. El tiempo de la confesión es el que recobra la unidad de sus partes o que no vive diferenciándose. En ella encontramos la revelación de un ser a medias, perdido en su confusión, pero que espera al menos de otro la prolongación de este acto que consiste en exhibirse a los demás, ya que la vida *necesita revelarse, expresarse*. El que se confiesa quiere que el otro, al leerle, le escuche, que haga posible la unidad a la que aspira; espera que el otro le devuelva la figura completa que le falta, que cierre la desesperanza y la angustia que lo acosan, que ponga fin al huir de sí mismo. La confesión manifiesta la exigencia de una transformación, el trascender una condición de dolor, abandono, humillación y desesperación; dejar atrás una vida que más pareciera ser una pesadilla. El que se confiesa está en verdad en el límite, en el punto donde puede buscar en qué reconocerse, dónde encontrarse. “La confesión solamente se verifica con la esperanza de que lo que no es uno mismo aparezca. Por eso muestra la condición de la vida humana tan sumida en contradicciones y paradojas” (Zambrano, 1995: 38).

El libro de Job, el ya citado San Agustín, Jean Jacques Rousseau, el surrealismo, le permiten a Zambrano explorar el género de la confesión y, con ello, algunos rasgos esenciales de la identidad del hombre moderno, de los *hombres subterráneos*, casi confundidos con los santos o los *bienaventurados*. Así, el sujeto del que nos habla la confesión es el que, soportando una condición humana de penuria o padecimiento, se encuentra por encima de la misma. Lo que *habla* en la confesión es un *ser interior*, un espacio saturado de realidad o posibilidad, como en el caso del genio, el *auténtico* u *original*, de quien Zambrano ofrece semblanzas extraordinarias. Espacio poblado por *conatos de ser*, por las entrañas o el corazón. Lugar de realidades no reducibles a objeto, que necesitan un respaldo vivo, de una *existencia singular que las sostenga*. No es un espacio vacío o indiscernible al final de cuentas. Mundo sede del alma, desplazada por la razón, en donde se guardan ocultas e *imprevisibles las posibilidades de cada uno, su secreto reino*.

Punto no asimilable a nada y, sin embargo, con la capacidad de recibirlo todo, de encontrarse con todo. A semejantes conclusiones llega Zambrano cuando hablando del que casi sea el único santo-poeta, San Juan de la Cruz, señala que se puede dejar de vivir sin caer necesariamente en la muerte, ya que existe un *reino más allá de esta vida inmediata, otra vida en este mundo en que se gusta la realidad más recóndita de las cosas*. En lugar de representar un abandono de la



realidad, esta actitud es más bien un internarse en ella, un adentrarse en ella. Debe recordarse que, para Zambrano, la palabra originaria tiene, en la poesía, un carácter sagrado, anterior a la historia y el pensamiento.

El alma es el verdadero *centro de identidad*, aquello con lo cual podemos volver a familiarizarnos con el mundo, es decir, trocar en intimidad y unidad lo que es extrañeza y lejanía. El alma sabe encontrar de cada cosa o ser su *modo*: es a modo de las cosas y los seres. La identidad que la confesión pareciera entregarnos queda establecida entonces en un vuelco anterior a la razón, superando a la conciencia y recuperando finalmente una unidad o reconciliación del hombre con la realidad, tal y como queda de manifiesto en *El hombre y lo divino*. Razón trágica por ello y que Zambrano desarrolla, entre otros momentos, en relación con Nietzsche y su utopía y visión cósmicas. Mundo de la intimidad del que, sin embargo, Zambrano nos avisa que nada sabemos finalmente. Es el

[...] mundo de la intimidad sin palabras, donde ha de reinar una oculta e insensible armonía, donde debe encontrarse la raíz de toda guerra, donde la paz no es cosa de pactos ni compromisos, pues no es cosa de derechos ni leyes, sino de una deliciosa armonía que, una vez destruida, es ingobernable tumulto, rebeldía sin término, discordia (Zambrano, 1995: 106).

Identidad relativa a *hombres subterráneos*, a los muertos vivos cuya creación tiene un carácter póstumo, de abandono, única condición para que lo que no se es pueda tener realidad, para apropiarse de lo extraño y obtener de ello el ser. Única manera, por tanto, de liberarse de las condenas del destino o de las pasiones que atan a los seres que parecieran no tener existencia. Identidad, entonces, que es intimidad, unidad, liberación del destino ciego, superación de la condición sufriente, reapropiación de las cosas a partir de su modo; finalmente, esperanza de que el otro sea capaz de calmar la angustia y zozobra; reconocimiento de sí mismo en la reconciliación con los demás y, fundamentalmente, con lo que hemos creído haber superado del pasado. Al final, Zambrano dirá que la confesión figura como un método, una búsqueda, la espera de que la vida muestre, al ponerse en movimiento, su *figura esencial y su peculiaridad más extrema*. Es el género propio de las crisis, sobre todo de ésta que la modernidad ha puesto de manifiesto.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bajtín, Mijaíl, *Problemas de la poética de Dostoievski*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Gadamer, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Sígueme, 1988.
- Heidegger, Martin, *Acheminement vers la parole*, París, Gallimard, 1976.
- Machado, Antonio, *Poesías*, México, Océano, 1998.
- Pérez Galdós, Benito, *Misericordia*, México, Orión, 1949.
- Ricoeur, Paul, *Temps et récit*, vol. III, París, Seuil, 1985.
- Xirau, Ramón, *Palabra y silencio*, México, Siglo XXI, 1993.
- Zambrano, María, *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.
- \_\_\_\_\_, *Senderos. Los intelectuales en el drama de España. La tumba de Antígona*, Barcelona, Anthropos, 1986.
- \_\_\_\_\_, *Pensamiento y poesía en la vida española*, México, El Colegio de México, 1991a.
- \_\_\_\_\_, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1991b.
- \_\_\_\_\_, *Claros del bosque*, Barcelona, Seix Barral, 1993a.
- \_\_\_\_\_, *Hacia un saber del alma*, Madrid, Alianza Editorial, 1993b.
- \_\_\_\_\_, *La confesión: Género literario*, Madrid, Siruela, 1995.
- \_\_\_\_\_, *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.